

Tiempos bipolares

Guillermo Vega Zaragoza

*“¿Bipolar, me dices,
porque te digo que te odio y que te amo?
¿Pues qué dirás cuando te mate
para luego revivirte?”.*
Belisa Bartra

Dice Ricardo Piglia en sus tesis sobre el género que el cuento siempre cuenta dos historias, ya que es una narración que encierra un relato secreto, el cual es la clave de la forma del cuento. “El cuento —afirma el argentino— se construye para hacer aparecer artificialmente algo que estaba oculto. Reproduce la búsqueda siempre renovada de una experiencia única que nos permita ver, bajo la superficie opaca de la vida, una verdad secreta”. Y cita a Rimbaud: “La visión instantánea que nos hace descubrir lo desconocido, no en una lejana tierra incógnita, sino en el corazón mismo de lo inmediato”.

En este sentido, en su engañosa inmediatez, los cuentos de Elena Méndez en *Bipolar*, su primer libro, nos revelan siempre algo más profundo, que puede pasar inadvertido para el lector apresurado o poco atento. Ya se sabe: el cuento no es un género muy socorrido por las editoriales más comerciales porque exige en el lector un involucramiento mayor que aquel que, por ejemplo, prefiere la novela. El cuento lo construye el lector en su mente con elementos apenas esbozados que el autor le proporciona. No hay tiempo ni espacio para más. El cuento es una rendija por la que se atisba una realidad más amplia y profunda, más allá de la simple anécdota que se cuenta. El arte del cuentista no es hacer una rendija muy grande sino escoger el lugar exacto donde abrirá esa rendija para que el lector vislumbre la historia desde un punto de vista privilegiado y único.

Además de ser una joven periodista cultural, Elena Méndez se muestra como una prometedora cuentista. Nos ofrece una colección de veintiún relatos, con protagonistas femeninos en su mayoría, que se enfrascan en relaciones amorosas y sexuales fugaces en entornos generalmente oscuros y clandestinos: el antro, el bar, el hotelucho, el prostíbulo; en atmósferas y escenarios enrarecidos, que sirven de marco a sus propias desdichas, tragedias y contradicciones.

Son personajes que han llevado su existencia al filo de la navaja y que parecen jugárselo todo en el acostón furtivo, en la relación torcida y destructiva, en la pasión hambrienta y avasalladora de la fornicación que termina dejándolos aún más solos y vacíos, con un deseo insatisfecho y con la herida del desamor a flor de piel. El relato de los encuentros sexuales de los personajes es casi siempre explícito, a veces áspero, sin contemplaciones, y, sin embargo, nos sorprende con detalles de intenso erotismo que matizan la crudeza de ciertas situaciones.

Cabe destacar el inteligente manejo de las diversas voces narrativas que utiliza la autora, donde radica otro elemento que la caracteriza: el manejo de la oralidad, el gran “oído” que tiene para los giros del habla cotidiana, los modismos, los regionalismos del norte del país, específicamente de Sinaloa, de donde es originaria.

La autora sabe jugar con diversos géneros, integrándolos al cuento. A veces sus textos son casi aforísticos, como breves poemas, rozando la prosa poética. En “Crónica de una pasión en vano”, que me parece sobresaliente, se atreve a hacer una micro-*Ra-yuela*, donde en apenas trece párrafos numerados nos cuenta lo que de entrada parece una historia de amor fallido, pero gracias a la “guía de lectura” que propone al final del

texto, nos sorprende con una variación utilizando los mismos recursos.

Algunos lectores distraídos podrían considerar la obra de Elena Méndez como “feminista”, porque sus personajes son fundamentalmente mujeres que nos revelan una sensibilidad que poco tiene que ver con lo “tradicional”. En su mayoría, estas mujeres son cabronas, decididas, dueñas de su cuerpo y de su sexualidad, y de armas tomar, pues “en cada protagonista, hay una evidente dosis de locura o, cuando menos, de transgresión”, como lo ha señalado Ignacio Trejo Fuentes.

Como sucede en la obra de todos los escritores, los personajes de Elena tienen un poco —o un mucho— de las muchas Elenas que es ella. Curiosamente, el último cuento del volumen, “Noches vacías”, tiene un protagonista masculino, cuya situación también expresa esa tristeza, ese hastío, esa imposibilidad de relacionarse con el sexo opuesto, lo que demuestra que la jodidez no tiene preferencias, agarra parejo con hombres, mujeres y quimeras.

Las historias de *Bipolar* están situadas en la realidad de las emociones y los sentimientos, en el ir y venir de los amores y los desamores, de la necesidad y la soledad, sin caer en el facilismo ni lo melodramático, sino con una mirada profunda y crítica de sus personajes y sus circunstancias, por lo que estremecen al lector, nunca lo dejan impávido, siempre empujándolo a la reflexión acerca de la naturaleza humana en estos tiempos tan miserables y tan extraordinarios, tan contradictorios, tan bipolares. **U**

Elena Méndez, *Bipolar*, Linajes Editores, México, 2011, 87 pp.